

Elvira Lindo

Tinto de verano

FULGENCIO PIMENTEL

© 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2016 Elvira Lindo
© 2016 Rhona Garvin por la ilustración de cubierta
© 2016 Fulgencio Pimentel por la presente edición
www.fulgenciopimentel.com

Primera edición: septiembre de 2016

Segunda edición: octubre de 2016

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G^a Marcos

Diseño de cubiertas: Daniel Tudelilla

Colaje encartado: Ramón Tormes

Segunda edición en rústica:

ISBN: 978-84-16167-86-9

Depósito legal: LR 1108-2016

Segunda edición en cartóné:

ISBN: 978-84-16167-87-6

Depósito legal: LR 1095-2016

Impreso en España

*Para Antonio,
porque el amor une,
pero el humor también*

PRÓLOGO

Han pasado dieciséis años desde que escribiera el primer *Tinto de verano*. Y ha pasado toda una vida por mí, no soy la misma escritora de entonces. Tampoco la misma persona, porque si hay seres que permanecen inmovibles ante el azote de los años y los acontecimientos, yo siento cómo voy transformándome, adaptándome a lo que me toca, saboreando cada día las experiencias que me ha ido concediendo la vida, las buenas y las dolorosas. De estas últimas espero haber aprendido. No sufro la picadura de la nostalgia y el futuro me da miedo, así que me dejo ser en el presente sin hacer recuento de los cambios producidos en mí, pero sabiéndome distinta y mirando a la que fui en el pasado como a una extraña.

Leo estas piezas cómicas que escribí durante cinco agostos consecutivos y siento a la vez estupor y diversión, asombro y pudor retrospectivo. Me río y me llevo las manos a la cabeza. La expresión más común que me viene a la mente es: «¡Dios mío, qué valor!». Qué valor tenía para convertir tan desvergonzadamente mi vida diaria en material de pura comedia.

El periódico *El País* me pidió que escribiera para el mes de agosto del año 2000 algo así como un diario de Manolito Gafotas, mi personaje infantil. Aquello era un valor casi seguro para el diario puesto que había cosechado muchos lectores, grandes y pequeños, cuando se publicaba años atrás en el espléndido y desaparecido *Pequeño País*. A mí la idea no me sedujo nada e incluso me deprimió un poco. Estaba intentando luchar contra el encasillamiento que provoca el éxito editorial de una serie y parecía que no iba a ser posible labrarme otro camino. Tuve que hacer acopio de valor para contestar ese «no» que tanto me costaba por entonces, pero lo hice, dije que no, y Juan Cruz recibió esa negativa sin darle muchas vueltas: lo que te pedimos es que hagas lo que quieras. Yo entendí que se me pedía humor, porque del humor había vivido hasta entonces, como guionista y como escritora.

Me puse a pensar en cuál podía ser el argumento común de aquellos 31 artículos. Imposible que fueran crónicas culturales puesto que mi verano iba a transcurrir en un pueblo pequeño de la sierra madrileña, un lugar que no veía alterada su escasa vida social salvo por la llegada de esos veraneantes que triplicaban la población del invierno, abarrotando los chiringuitos por la noche y tostándose al sol en sus piscinas particulares por el día. Nosotros tampoco hacíamos mucho más: leer, hacer la comida de los hijos y sobrinos que iban y venían y salir, como un extraordinario, a algún restaurante castizo de la sierra. Mi padre, con su

extraordinaria y poco descriptible personalidad, nos visitaba una vez a la semana dejándonos exhaustos, y algún amigo valiente se aventuraba a pasar allí el día, porque, como todo el mundo sabe, de las casas de campo de los amigos es muy difícil huir.

Esto duró menos años de los que mi marido, amante de la vida retirada, hubiera deseado, y muchos más de los que mi espíritu sociable y urbano hubiera podido imaginar. De tal forma que, como no había mucho que contar, decidí hacer de la necesidad virtud y contar el día a día de una pareja de escritores —el, más intelectual; ella, más vitalista— en clave de comedia. Como una suerte de sainete por entregas. Los primeros capítulos de aquel primer verano del 2000 son muy desiguales en fondo y forma, al menos yo aprecio ahora que no sabía muy bien cómo abordar aquello, pero salvando esos días de calentamiento, luego le tomé la medida al espacio que el periódico me cedía y se nota que ya soy consciente de las palabras con las que cuento para narrar una pequeña historia. Son viñetas que bien hubieran podido servir de inspiración a una tira cómica. Los artículos fueron ilustrados con tino y comicidad por el dibujante Enrique Flores.

Yo escribía estas historietas a diario, jamás fui capaz de adelantar alguna, así que las anécdotas que se cuentan en cada una de ellas siguen con peculiar rigor lo que nos iba pasando. Y digo peculiar porque nuestras personalidades están caricaturizadas a veces hasta el extremo, moldeadas

con el único fin de servir a la comedia. Ahí residió, me imagino, una parte del éxito que de inmediato cosechó entre los lectores, pero también alimentó los equívocos que suelen provocarse cuando se juega sin red a ficcionar la propia vida. A los pocos días, los seguidores de los Tintos comenzaron a creer que en estos capitulillos yo trazaba un retrato realista de mi intimidad, aunque la autora y el coprotagonista ignoraran esa creencia hasta que regresaron a Madrid en septiembre. Creo que si algo puede definir aquella primera entrega fue la inocencia con la que fueron escritos todos sus episodios. Mi marido los leía en el ordenador, se reía con ganas y para mí su risa era como el aprobado requerido. La comedia es prisionera, por encima de todo, del ritmo narrativo y necesita pasar la prueba de la risa o la sonrisa. Si estas no se producen hay algo desencajado.

A partir de la risa de mi primer lector, mandaba el texto al periódico y me ponía a imaginar el siguiente. Me pasaba el día imaginando el lado cómico de cualquier aspecto de la rutinaria y nada fascinante vida de veraneantes. La rana que cayó en la piscina, la cortadora de césped, la haraganería de los adolescentes, las concesiones a la horterada vacacional, el amor, la neurosis, el aburrimiento, los vicios del abuelo, la esclavitud de la paternidad, de la maternidad, que frustra algunos lances románticos. Es curioso que leyéndome dieciséis años después vea a la protagonista de esta historia como a una mujer mayor de lo que soy ahora. Tiene su lógica: los hijos

te roban tanta energía que, sea en su versión infantil o adolescente, los padres tienen a menudo la sensación de estar superados por sus acontecimientos. Al final de los Tintos se cuenta cómo a últimos del verano de 2004 nos instalamos en Nueva York y ahí comenzó otra época en la que no hubo más remedio que rejuvenecer para salir airosos del desafío.

Pero volviendo a aquel mes de septiembre del 2000: a la vuelta de las vacaciones, exhausta por haberme entregado sin reposo a la comedia diaria, me encontré con algunos comentarios que me inquietaron, sobre todo aquellos que procedían, para mi sorpresa, de personas relacionadas con el mundo de la cultura. En realidad, creo que el lector ajeno a ese mundo leía mis piezas tal y como se debe uno entregar a lo cómico: con la sana intención de reírse, sin prejuicios, sin juicios morales. Pero supe que algunos hombres del universo cultural consideraban inadecuado que escribiera en términos cómicos de un escritor afamado, y que algunas mujeres consideraban reaccionario el papel que yo me había otorgado a mí misma, el de una mujer con una tendencia irreprimible al hedonismo y muy pocas ganas de trabajar intelectualmente. Puede sonar ingenuo, lo es, pero para mí fue una sorpresa descubrir que un personaje femenino hubiera de representar a un tipo ideal de mujer, de la misma forma que me resultaba irritante que algo que a lo largo de la historia del humor los hombres han hecho con tanto desparpajo, tomarse a guasa a sus

parejas, me estuviera vetado a mí. Pero ahí estaba el chiste. Cachondearte de su incansable tarea intelectual, cachondearte de tu propio aburrimiento, cachondearte de su misantropía, cachondearte del concepto sagrado de la cultura, cachondearte del hombre poco hábil en sus tareas caseras, cachondearte de la mujer impaciente y del hombre paciente, cachondearte de las diferencias de criterio y de ritmo, cachondearte de esos años en que estás tan sometido a presión y preocupaciones que parece que has caído en una trampa, una trampa de la que solo salva el verdadero amor, que subyace en cada una de las bromas y burlas que aquí se cuentan. Si hubo quien no lo vio o quien no lo ve, no sabe leer.

A partir del segundo año yo ya sabía lo que me esperaba, popularidad y codazos maliciosos, pero esa es la inevitable consecuencia del humor cuando se practica antes que con los demás con una misma. El *self-deprecating*, como así lo llaman los anglosajones, está en mi naturaleza desde que me trajeron al mundo. He podido adquirir las pericias de un oficio que he practicado profesionalmente desde los 19 años, pero humorista se nace o no se nace. Es algo que está más allá del control propio. Y para demostrar que así es, diré que no siempre me he sentido a gusto con este gen que me regalaron involuntariamente mis padres. El humor se construye con los defectos y las neurosis de uno, no con las virtudes, y constituye, sobre todo en la infancia, una manera de llamar la atención, de ser querida, de sobrellevar con alegría la torpeza.

La verdadera humorista, íntimamente, siempre sabrá que el material de su trabajo está en sus aspectos más vulnerables. Así construí el personaje de Manolito, y aún no sé cómo tuve la astucia, en aquellos tiempos previos a la corrección política, de hacerle niño en vez de niña, librándome así de la obligación de tener como protagonista a una niña audaz y brillante. Pero los que han leído esa serie con perspicacia saben que el torpe, el ingenuo, el antihéroe escolar soy yo.

Ahora repaso estas historias, con la aprensión habitual que provoca leerse a una misma, y me doy cuenta de la libertad con la que fueron escritas. Eran los tiempos anteriores a que el puritanismo de la corrección política se asentara en España, anteriores a esta presión de las redes sociales que ha sometido a los medios al juicio constante de los activistas digitales. ¿Cómo hubiera reaccionado yo si a diario cada una de estas piezas fuera objeto de análisis? ¿Si una masa me atacara y otra sacara la cara por mí? ¿Si yo misma fuera juzgada en un sentido personal? ¿Me vería forzada a explicar cada pocos días que todo estaba escrito en clave de comedia, que mi consumismo incontenible, mis complejos intelectuales o mis manías respondían a las licencias que el humor permite y no a una descripción realista de mi carácter? ¿En alguna ocasión cedería y pediría disculpas?

Una de las circunstancias que causaba más confusión en el fino límite entre realidad y ficción que vertebra todos estos artículos es que hubieran sido publicados

en un periódico. Hace tan solo quince años lo que se publicaba en papel, a pesar de su fugacidad, tenía un cierto marchamo de verdad. Si hubiera sido actriz y los hubiera representado en un teatro, la cuarta pared hubiera servido de filtro entre lo inventado y lo real, y hubiera creado una distancia entre mi personaje y yo. Pero esto, aun apareciendo en la desenfadada *Revista de verano*, parecía a ojos del lector una crónica alocada de mi veraneo, no una comedia en capítulos. Intenté hacerle caso a Rafael Azcona, uno de los lectores más fieles de esta serie, que me aconsejó no dar tantas explicaciones. Era un consejo sabio, no cabe duda, pero dicho por un escritor de comedia que había elegido géneros y medios que lo mantenían siempre en ese maravilloso segundo plano que le permitió ser absolutamente libre. La prensa es otra cosa. Fueron muchas las veces en que me planteé si una parte de la atracción de los artículos es que parecían revelar secretos de las personas que inspiraron a estos personajes. Nunca lo sabré. Desearía que funcionaran de la misma manera sin que el lector estuviera pensando en escritores conocidos. Confieso que de haber firmado con seudónimo estos monólogos disparatados habría llegado más lejos, podría haberme permitido más irreverencias porque si de provocar la risa se trata conviene ponerse pocos límites. Pero aquí los hubo, pese a todo, el sexo es algo que aparece de manera velada y de los hijos hablo en general, como si se tratara de un batallón, porque ahí entrábamos en un terreno muy sensible.

Debo alabar la paciencia que tuvo mi familia, comenzando por mi marido, que anda sobrado de sentido del humor, y siguiendo por mi padre, uno de los mejores personajes del libro. En lo que a él se refiere, creo que fui comedida, porque mi progenitor era mucho más extravagante de lo que aquí aparece. «Nadie sabe —me decía Antonio— que con respecto a él no exageras, sino que te quedas corta». Al principio, cuando comenzó a verse reflejado en el señor excesivo que aquí aparece, se desconcertó un poco, pero luego, viendo que fomentaba y aumentaba la popularidad de la que ya gozaba en su barrio y entre sus antiguos compañeros de trabajo, se dedicó a enmarcar aquellos en los que él aparecía como absoluto protagonista. En cuanto a Evelio, el albañil que degeneró en especulador inmobiliario, es un pequeño Frankenstein, mezcla de los muchos albañiles que han pasado por mi vida y por mis casas. En cuanto a su meteórico ascenso a promotor de urbanizaciones en las tierras del pueblo, no es una historia inventada: España se llenó en las dos últimas décadas de personajes como él.

La persona más real de la serie es Omar, el niño africano que aparece en varios capítulos. Era un chaval tan genial que no había que inventar, solo reproducir su gracia verbal. Pero me gustaría añadir un dato que entonces por discreción omití, pero que añade comicidad a su presencia en nuestras vidas y en este libro: su madre era entonces nuestra señora de la limpieza y cuando se tomó las vacaciones tuvo a bien dejarnos al niño a

nuestro cuidado. No sé muy bien cómo nos convertimos en familia de acogida del hijo de la empleada de hogar pero aquel verano Omar provocó celos entre alguno de nuestros hijos que consideraban, con toda la razón, que le prestábamos más atención a él. También es cierto que nos abrumaba con su cariño y que fue realmente traumático cuando nos vimos en la obligación de explicarle que tenía una madre y que debía volver con ella.

Algunos lectores se alegran de que mi estilo haya cambiado. Soy una escritora más madura, dicen, más interesante; otros incluso, para elogiarme, son severos en su juicio a aquella que fui: me consideran ahora, al fin, una escritora. Otros piensan, en cambio, que he perdido la chispa, que en mi actual seriedad he traicionado mi verdadero espíritu. Estos últimos me preguntan, con una preocupación que me entenece, si es que estoy triste o si los años me han robado la alegría. Nada de eso hay. Tan difícil como a la actriz de comedia ligera le resulta ser aceptada en su paso al drama, así a la autora humorística cuando se aventura en otros tonos. Pero el humor, como antes decía, no es algo que se elija, está en mi naturaleza, y siempre brota, siempre está ahí como una tentación: todo lo que he escrito, por dramático que fuera, tenía un fondo de ironía que se dejaba ver en una frase, en una situación tragicómica.

Hay en lo que escribo un deje de tradición cervantina puesto que Cervantes es la plantilla sobre la que creamos humor los que nos hemos criado en esta

cultura. Pero le debo mucho también a los humoristas del absurdo, a Mihura, Jardiel Poncela, Tono, Gila, a Julio Camba, que es un maestro del ritmo y de la sencillez efectiva y chocante, a ese Rafael Azcona que con tanta generosidad me leía y que me advertía, cargado de razón, que el humor ni se disculpa ni se explica. También hay toques de Anita Loos, en su descarada frivolidad femenina, demodé pero enternecedora, y ecos de Dorothy Parker, que hizo uso del humor no solo en sus requiebros verbales sino en lo que más me gusta de su obra, los cuentos, en los que sus protagonistas sufren por ser como son aunque con frecuencia se regodean masoquistas en sus neurosis. En todos estos autores, late el gusto por el mero hecho de vivir y también la desgracia de haber sido arrojado a la vida sin experiencia alguna.

Siento que he de tener respeto por aquella que fui en el pasado, no solo por la que escribió estos artículos sino también por otra anterior, por la guionista de malos cómicos en la televisión. De todas esas mujeres, que teclaban por encargo con impaciencia y brío, he aprendido algo valioso para escribir ahora, en este presente en el que, lejos de estar triste, escribo con alegría, dueña del tono que elijo para cada momento sin estar supeditada a los gustos de esos lectores que te piden que no cambies, pero tampoco al de los que aplauden tu madurez. Espero no perder nunca ese grado de inocencia o de audacia que me ha llevado a pisar charcos y a meterme en líos.

No volvería a escribir *tintos de verano*. No sabe el lector el esfuerzo que supone inventar situaciones cómicas durante 31 días seguidos, pero también me influye el actual ambiente, sin duda más agresivo y amenazador que el vivíamos entonces, cuando la respuesta del público no era tan inmediata y abrumadora. He de medir mis fuerzas y administrar mi energía.

Envidia, eso sí, mi osadía de entonces, mi arrojo para reírme hasta de mi sombra, sobre todo de mi sombra, y añoro, aunque ya digo que no tengo tendencia a la nostalgia, esos tiempos no muy lejanos pero sí bien distintos, en los que había mucho menos ruido que ahora. Escribir humor era más fácil; ser atrevida, menos arriesgado. No sé cómo entenderá el lector de ahora lo que se escribió de 2000 a 2005 pero desearía con toda mi alma que mientras durase la lectura de estas páginas suspendiera esa tendencia tan actual al juicio inmediato, que olvidara los mecanismos mentales que nos ha proporcionado la corrección política y se dejara llevar por algo que está escrito solo para provocar la risa, con todo lo que esta contiene de sonrojo, vergüenza, asombro y transgresión.

El editor de Fulgencio Pimentel se ha atrevido a recopilar todo este material hoy sensible, más sensible que en el pasado. Bendito sea. Humor no le falta.